

Y cuando en la lucha con la ignorancia os sintáis desfallecer, recordad que los que os han enseñado, jamás de vista os perdieron; que les fué imposible creer que llegarais nunca á defraudar sus esperanzas, y que así como desde lo alto de las pirámides de Egipto, cuarenta siglos contemplaban al soldado francés, impulsándolo á batallar como un héroe, á vosotros, soldados de la ciencia, desde el hermoso cielo histórico de la Patria

Vuestros maestros os están mirando.

DISCURSO

EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS

Á EXPOSITORES MEXICANOS.

DISCURSO

pronunciado en el Teatro Nacional, con motivo de la solemne Distribución de premios obtenidos por los expositores mexicanos en la Exposición de Paris de 1889.

SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORAS: SEÑORES:

Cuando se visita á Paris y se contemplan sus incontables grandezas por primera vez, la emoción es profundísima, el recuerdo imperecedero.

Sus grandiosos monumentos, sus bellas perspectivas, sus jardines encantadores, sus obreros que son artistas, aquella intensidad de vida, aquella juventud, aquel tumulto ordenado y aquella alegría francesa, permanecen para siempre inolvidables, y la simpática imagen de Paris, grabada con caracteres indelebles, en la mente y el corazón del que lo ha visto.

Porque Paris es la ciudad cosmopolita por excelencia. La que lo hace todo, vive con todos

y sonrío ante todo. La maravilla de aptitudes universales para las artes, para las industrias y para todo lo que exige ingenio, finura, y ese sentimiento íntimo de lo bello y delicado que se llama gusto. No es una ciudad, es un mundo incesantemente móvil y agradable, el inmenso y primoroso kaleidoscopio, según la frase feliz de Honoré Balzac. El hogar del arte y el altar de los ideales de la humanidad.

Y como decía por modo inimitable y con positivo entusiasmo el gran poeta Víctor Hugo: “lo que París, la ciudad luz aconseja, el mundo lo medita; y lo que allí se comienza Europa lo continúa.”

“Decir París, es decir adelanto—proseguía —y llegar á París, es llegar casi á la meta de “la civilización humana.” Tal era el marco encantador de ese cuadro inolvidable que se llamó Exposición Universal de 1889. ¿Y qué fué ésta? Una maravilla grandiosa, para describir la cual no hay palabras apropiadas. De todas partes, de los palacios y de los jardines de la Exposición, al estudiarla en conjunto, brotaba con caracteres de fuego esta palabra mágica: “Progreso.”

Fué el afectuoso homenaje de simpatía rendido por todos los pueblos de la Tierra al genio poderoso de la Francia: Su inmensa y justificada apoteosis.

El hermoso altar levantado por los franceses para el culto de este ideal de la humanidad: “Paz, Fraternidad, Trabajo:”

La última palabra de la civilización moderna al fin del siglo XIX:

El esfuerzo científico, industrial y artístico más imponente y majestuoso que haya sido dado contemplar:

La más brillante y sublime página que se ha escrito en este siglo en el gran libro de las ciencias y de las artes, de la industria y del comercio:

El triunfo definitivo de la República Francesa, para perpetuar el cual, en bronces, no faltó un gran escultor, Dalou;

Triunfo que fué cantado por una oda incomparable, la de Holmés;

Y cuya solemne confirmación tuvo verificativo en la distribución de recompensas en el Palacio de la Industria.

En aquel espectáculo grandioso, que tan vivamente impresionó á todos los que le vieron, las comisiones extranjeras desfilaron delante del digno Presidente de la República francesa, el Sr. Sadi Carnot, saludándole al pasar con sus pabellones y estandartes nacionales.

Aquel Certamen incomparable fué también la glorificación de los trabajos del Ingeniero,

en un siglo que con justa razón podría ser llamado el Siglo del Hierro.

No hace muchos años, en efecto, que ese metal comenzó á ser producido en grandes masas, llegando á ser de uso corriente en las construcciones.

Desde aquel momento su dominio se ensanchó con rapidez vertiginosa. El hierro ha invadido los edificios; es el elemento necesario de la rapidez de la circulación; ha destronado á la madera en muchas construcciones, y en forma de acero, puede decirse que ha nulificado los límites de la audacia humana en materia de trabajos públicos.

La Torre Eiffel, de popularidad universal, y el hermoso Palacio de las máquinas, de grandiosas proporciones, donde se dieron cita los elementos más admirables de la ciencia y de la industria modernas, realizaron en 1889, gracias al genio artístico de la Francia, la apoteosis de la arquitectura en hierro.

Y no se limitó el triunfo á esa rama de los conocimientos humanos. Las enseñanzas de la Exposición fueron infinitas. No existe el hombre que pueda dar cuenta razonada de tantas y tantas maravillas.

Las ciencias y las industrias todas cuentan ahora sus victorias por sus días, y la Exposi-

ción era el modelo, el fiel trasunto de la vida civilizada del planeta.

Admirábanse allí copias reducidas de las poderosas naves, no juguetes, sino señoras del viento y de las olas, que cruzan el Atlántico en cinco días. Las locomotivas, desde la primera de Stephenson, hasta las que devoran hoy el espacio, reduciendo el tiempo á un límite próximo á la nulidad. Los diferentes tipos de los rieles que cubren la tierra con densa red, y que salvando los abismos con sus cintas de acero, forman las arterias del comercio universal, alma del mundo.

Las prensas perfeccionadas, con las cuales el hombre, que en otros tiempos apenas podía hacer oír su voz en el círculo reducido de sus amistades, hace hoy funcionar millares de máquinas que lanzan millones de impresos á los cuatro vientos de la publicidad:

Y la fuerza utilizada, que de la muscular del hombre pasó á la del animal, y de éste á la del agua, y después á la del viento, y más tarde á la del vapor, y hoy á la de la electricidad:

Y el transporte á largas distancias de esa fuerza, elemento primordial de la vida y del trabajo, transporte que causará una inmensa y favorable revolución moral, porque en lo sucesivo la madre de familia podrá ganar en su

propia habitación el pan de sus hijos, sin necesidad de abandonarlos para acudir al taller.

Cuando momentos antes del medio día se encontraba en la galería de las máquinas, llamada con justicia "Palacio de la Fuerza," admirábase un espectáculo imponente.

Todos los aparatos dormían en aquel instante, y una calma absoluta reinaba por todas partes.

Al dar las doce, al sonido del silbato del contramaestre, contestaba en el acto un alegre y estruendoso rugido de la fuerza mecánica puesta en libertad.

De un extremo al otro de la inmensa galería, volaba la fuerza en pocos segundos, poniendo en movimiento á todos los émbolos, haciendo girar todas las ruedas é infundiendo nueva vida en todos los organismos de acero.

En unos, el movimiento era lento, pero no por el cansancio de sus brazos de hierro, sino por la tranquilidad inexorable con que ejecutaban su labor.

En los otros era rápido, pero sin precipitación ni urgencia.

Todo calculado, todo previsto, ordenado todo, aquel movimiento rítmico y suave, imparable y armonioso, era la imagen del trabajo moderno, ejecutado por las fuerzas de la naturaleza al servicio del hombre de ciencia.

Algunos literatos, por dicha en escaso número ya, huyen de las obras de los Ingenieros declarándolas anti-estéticas. Porque se olvidan de que el arte de los Ingenieros es el de dirigir las grandes fuerzas de la naturaleza hacia el mayor provecho del hombre. Y porque no fijan su atención en que, según la hermosa frase de un gran escritor, Vogüé, "en ese regimiento "de la ciencia activa formado por los Ingenieros, se sabe adónde se va, y se va alegremente, con el paso rápido y seguro del soldado en "marcha, que tiene conciencia de sus notables "victorias y firme esperanza de conquistar al "mundo."

Así pues, podría declararse, y con verdad, que en el conjunto encantador de los edificios de la Exposición, y en la serena majestad del trabajo de las máquinas en el campo de Marte, había por lo menos tanta armonía, tanta belleza, tanta poesía, como en la estrofa más sentida de Lamartine ó en la oda más inspirada y grandiosa de Víctor Hugo.

La ciencia es la hada bienhechora del siglo actual, y su más hermoso palacio, el que le consagraron los franceses en 1889. Ella es la que extrayendo el fósforo, gasificando el carbón ó haciendo volar en alambres de cobre una corriente eléctrica, transforma la noche en día en nuestras ciudades modernas:

La que encierra en el candente hogar de las máquinas el carbón mineral extraído de las entrañas de la tierra, y le obliga á cambiar en trabajo útil los rayos caloríficos que en otro tiempo robara al sol:

La que envía á grandes distancias de las costas el irisado penacho de luces de los salvadores faros:

La que convierte el rayo solar en pincel de la fotografía, según las hermosas frases de un distinguido Ingeniero español, Sr. Navarro Reverter, y analiza con un prisma de cristal la composición de los planetas y de la ardiente atmósfera del sol:

La que ha creado el sistema nervioso de la Tierra con los alambres del telégrafo, que hacen experimentar casi en el mismo instante idéntica sensación á todo el Globo:

La que transformaba en la Exposición, en hermosa y brillante seda, á un humilde pedazo de madera:

La que explota los bosques con inteligencia, previsión y economía, permitiendo exhibir ante el mundo los detalles de una hábil organización y sus grandiosos resultados, como sucedió en Paris en el Pabellón de los Bosques, que fué honra de la Administración francesa, motivo de admiración para todos y semillero de úti-

les enseñanzas para los que formamos parte del Jurado internacional correspondiente:

La que ha hecho más cómodas é higiénicas las habitaciones, y ensanchado las ciudades, creándoles con hermosos jardines los pulmones necesarios para respirar, y duplicado en pocos siglos la duración media de la vida del hombre:

La que ha creado el crédito, palanca poderosa de la sociedad, que facilita todos los adelantos y es el cimiento principal de la riqueza:

La que hace adelantar todo. El gran motor de los perfeccionamientos humanos. La que conduce á la humanidad hacia lo universal.

Porque dominado por ella el mar y sujeta la tierra, los pueblos se visitan fácilmente. Los secretos políticos y comerciales de otras épocas, ya no existen. Las diferencias decrecen en razón inversa de los progresos de la libertad de los cambios. Las ciencias morales y políticas adelantan al impulso de las ciencias matemáticas, físicas y naturales. Las legislaciones van lentamente también hacia la uniformidad posible. El arte contemporáneo va abandonando, al parecer, las antiguas diversas convenciones para adoptar un solo principio: la observación directa de la vida.

El hombre se hace más cosmopolita de día

en día. Las fronteras tienden á desaparecer; las naciones á fundirse y el espíritu á dejar los estrechos horizontes actuales, para desarrollar libremente sus cualidades de espíritu humano, es decir, de espíritu universal.

Con razón, pues, la gran nación francesa decidió conmemorar el centenario de su revolución, con la apoteosis inolvidable de las ciencias y del arte, de la industria y del comercio. Porque aquella revolución fué también una de las más grandes victorias de lo universal, como ha dicho el gran publicista francés, Julio Simon. Derrocó todos los privilegios. Estableció la igualdad en la familia y entre las familias, y promulgó la soberanía popular, que es la fórmula política de la universalidad.

¡Honor, pues, á la República francesa, que supo organizar con tan prodigiosa habilidad artística la gran Exposición en que las naciones todas rindieron ferviente culto al espíritu científico de la fraternidad humana!

¡Honor al pueblo y al Gobierno franceses, que supieron presentar al mundo una Exposición que, como dijo muy bien el Sr. Sadi Carnot en su brillante discurso de la distribución de recompensas, "fué digna de la Francia, digna de la República y digna de los grandes recuerdos que evocó su fecha."

Porque aquella Exposición no fué tan sólo una exhibición de los adelantos artísticos é industriales del mundo; sino también, y sobre todo, una Exposición y un Certamen internacional de ideas. Setenta Congresos, á cuyas discusiones llevaron la luz de sus conocimientos los sabios más respetables, realizáronse en Paris mientras duraba el Certamen.

Y en el grupo consagrado á la Economía social, no eran los productos, sino el productor, el hombre mismo, el que daba materia para instructivos é interesantes estudios.

En ese grupo, maravillosamente organizado y dignamente presidido por el sabio economista León Say, admiraban al visitante los varios sistemas de remuneración del trabajador, la organización de los sindicatos profesionales y la de los departamentos del trabajo.

Recibíase importante instrucción acerca de los métodos de enseñanza profesional de los aprendices en las diversas industrias y sobre los modos de asociación de los obreros y de los empleados.

Estudiábanse los estatutos de las Cajas de ahorros, de retiros y de rentas vitalicias; así como de las Sociedades de seguros contra accidentes y de vida, y de las cooperativas de consumo, de construcción y de crédito.